

James BELICH: *El mundo que forjó la peste*, Madrid,
Desperta Ferro, 736 pp. ISBN: 978-84-128984-7-7.

Alberto Barber Blasco
Universitat de Lleida

Reinventarse tras morir: las epidemias como catalizadores paradigmáticos

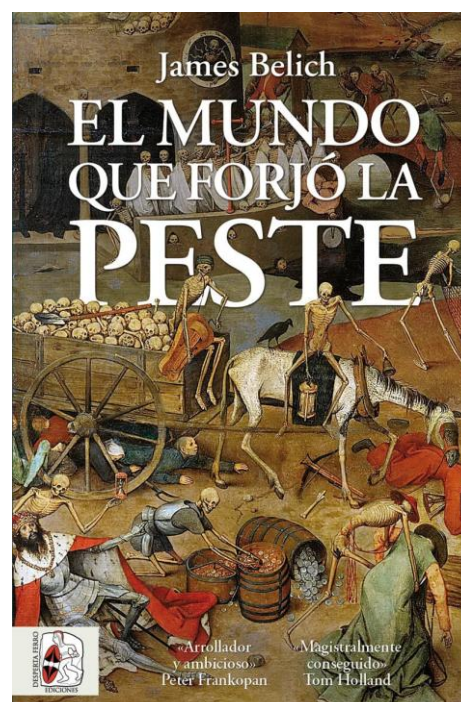
El mundo que forjó la peste, de James Belich, revierte sobre uno de los temas a los que la historiografía más atención ha prestado: la peste negra. Un fenómeno paradigmático que, tradicionalmente, no ha sido considerado en el largo plazo, sino para explicar los cambios inmediatamente anteriores y posteriores a su llegada, especialmente en materia económica y social. La obra del historiador neozelandés va más allá, pues plantea un recorrido transversal con el que consigue explicar la transformación estructural (económica, política, demográfica y social) que la peste negra y sus sucesivos brotes supusieron.

Belich conforma su obra a partir de la recesión y la expansión, dos fenómenos que se dieron con la llegada de la «muerte negra» en diferentes grados según los territorios. La irrupción de la bautizada como segunda de las tres grandes pandemias supuso un cambio de paradigma, permitiéndole al autor justificar el cambio de tendencia respecto a la hegemonía mundial en la que Europa, con el tiempo, pasó a tomar una posición dominante.

El trabajo cuenta con una bibliografía sólida, diversa, amplia y actualizada con la que aborda los recorridos de los temas planteados, todos ellos mediante un estilo ameno con el que facilita al lector el seguimiento de las tesis a tratar. No es de extrañar que la obra haya sido seleccionada, finalista y galardonada por diferentes entidades, unos hechos que denotan la maestría con el que James Belich construye su relato.

A tenor de la globalización en la que vivimos, el autor esboza las divergencias que condujeron a un territorio como el europeo, mucho menor que los vastos escenarios asiáticos, hacia la hegemonía: la revolución equina, los *supercultivos* y la *superartesanía* y la reestructuración de Europa. Una contextualización y selección de fenómenos que permiten al autor y al lector reconocer el contexto del Viejo Mundo.

Después de esta introducción, Belich estructura su obra en cuatro partes. En la primera, titulada «Una epidemia de misterios», contextualiza los fenómenos que se



dieron entre los siglos V y XIV: desde las invasiones germánicas del siglo V, pasando por las cruzadas y la expansión del cristianismo entre los siglos X y XIII, a las dificultades presentadas a principios del siglo XIV en forma de crisis climáticas y frumentarias antes de la llegada, a este mundo lleno, de la peste negra. Belich prosigue con los recorridos de la enfermedad y su afectación a lo largo de Europa, Asia y África. Una hecatombe que supuso un reinicio, trayendo consigo una mejora de las condiciones sociales y económicas y que, al mismo, tiempo forzó a las mismas sociedades a reinventarse.

A lo largo de la segunda parte, titulada «Peste y expansionismo en Europa occidental», el autor nos ilustra con un recorrido por las otras *pestes*. Para ello se basa en los estudios de ADN de las especies portadoras de la bacteria *yersinia* (desde las marmotas hasta las ratas, pasando por los camellos y los jerbos) y detalla los diferentes embates pestíferos que se dieron en mundo antiguo hasta las últimas epidemias del siglo XVIII. Respecto a la economía y la sociedad, el autor plantea los debates respecto a la economía y la sociedad coetánea: desde las clásicas teorías de Adam Smith hasta las hipótesis recientes de Bruce Campbell, que abordan la considerada como «edad de oro» entre los años 1350 y 1500. Esta pujanza es planteada desde los marcos comerciales en el norte de Europa, las incursiones en África desde el sur europeo y la conexión del comercio con Asia a través de las especias y la seda. Otras de las «revoluciones» que el autor destaca que se forjaron durante la Baja Edad Media fueron de tipo industrial, a raíz de la molinería hidráulica; cultural, de la mano de la imprenta y el aumento de la alfabetización; y militar, con la introducción de la pólvora en los ejércitos. Otro de los puntos sobre los que Belich versa es el esclavismo y su comercio a lo largo de los siglos, fenómeno de finales del siglo XV que identifica como el catalizador de la de diferenciación, la segregación y el mestizaje racial que se dará entre los siglos XVI y XIX. Sin duda alguna, una de las transformaciones más relevantes fue el comercio marítimo, que irrumpió con gran fuerza para tomar el relevo de la agricultura y establecerse como un nuevo generador de conflictos.

En la tercera parte, «¿Europa Occidental o Eurasia Occidental?», Belich muestra los auges y las expansiones territoriales, así como de la introducción de políticas en materia económica protocapitalistas, en Europa, Asia, el sud musulmán y la estepa rusa para explicar la creación y la aplicación de políticas imperialistas. A partir de ello, el autor traza la trayectoria de los imperios del sud musulmán, como el mameluco y el otomano; los asiáticos, encabezados por el chino y el mongol; los europeos del sud, a través de Génova y de los reinos ibéricos de Portugal y la corona hispánica; y los del norte a través del ejemplo neerlandés. Con una lectura transversal de estos poderes, Belich identifica y atribuye un «kit para la expansión», en el que asigna a la fiscalidad un papel clave tanto para la expansión como para la recuperación de estos territorios.

Finalmente, en la cuarta parte, titulada «Expansión, industria y comercio», el autor apunta el auge que desde el siglo XVI vivieron los territorios hispánicos, Francia,

Gran Bretaña u Holanda; las principales potencias que, a lo largo de los siglos, perduran más en el tiempo. Aquellos que habitualmente son excluidos del relato histórico debido a su declive en el siglo XVIII, como eran los poderes africanos y orientales de los otomanos, Rusia, Irán, Marruecos, Omán y la India mogola, son también tomados en consideración. Su prolongación o efímera existencia se justifica con el mayor o menor dominio marítimo, convirtiéndose los océanos Atlántico y Pacífico en los principales espacios encargados de controlar y acrecentar el flujo económico de un comercio cada vez más global con el que también se explica, de manera directa o indirecta, el sometimiento de algunos imperios por otros, como el británico sobre el mogol.

El mundo que forjó la peste tiene en la economía su principal hilo conductor. A lo largo de más de seiscientas páginas, el autor consigue establecer una mirada multidisciplinar, tan necesaria para el estudio de fenómenos transversales como de larga duración, nutriendo su obra mediante apuntes económicos, políticos, sociales y demográficos. Unos datos con los que se persigue —y consigue— huir de viejos tópicos sobre la supuesta «superioridad» europea, así como explicar cómo los diferentes territorios europeos, asiáticos y africanos supieron aprovechar, en mayor o menor medida, las coyunturas nacidas de los desequilibrios generados por las sacudidas epidémicas.

No es de extrañar que a raíz de la última pandemia de Covid-19 se haya suscitado en las humanidades y en la historia de la medicina una nueva mirada a las epidemias y pandemias del pasado, siendo la peste negra la más recurrida debido a su trascendencia histórica. La obra de James Belich supone un espejo en el que deberán mirarse las próximas y renovadas investigaciones históricas del periodo preindustrial para confirmar, refrendar, acotar o corregir, desde múltiples aproximaciones, las consecuencias de las pestes.